

UN VILLANO MUY BIEN CONECTADO

Así de confiado se presentó Tate, en marzo de 2024, ante el tribunal rumano que lo juzgó por trata de personas y violación. Abajo: en las protestas contra la visita de Trump a Reino Unido en 2025, Tate fue uno de los 'villanos' de ultraderecha señalados por los manifestantes junto con Elon Musk, Netanyahu, Putin, J. D. Vance y Nigel Farage.

GETTY IMAGES / D.R.



a la que había conocido cuando ella tenía 15 años, y sobre ella levantó el imperio: la convenció para tatuarse «Tate Property» sobre el pubis y la puso a trabajar jornadas de hasta diecisiete horas mientras él, desde otro teclado, exprimía a los clientes haciéndose pasar por ella. Presumiría después de haber ganado cien mil dólares el primer mes y de que la chica apenas vio nada: dinero de bolsillo «para cafés y manicuras». De aquella época sobrevive un vídeo, filtrado cuando Tate concursó en el Gran Hermano británico en 2016, en el que la azota con un cinturón mientras ella solloza en posición fetal. Él lo despachó como un juego entre adultos. Según la investigación de la Fiscalía rumana revelada por *The New Yorker*, la chica era menor de edad cuando se grabó.

Lo que vino después fue una huida hacia delante con destino a Rumanía, adonde Andrew y su hermano Tristan —su socio y su sombra en todo lo que vino después— se mudaron en 2015 con las denuncias británicas pisándoles los talones. Andrew se había asesorado sobre qué pasaría allí si una mujer lo acusaba de agresión, y le habían garantizado que sin «pruebas físicas» no habría caso. «No soy un violador —dijo en un vídeo—, pero me gusta poder hacer lo que me dé la gana».

En Bucarest, el negocio artesanal se volvió industrial. Según el sumario rumano, los hermanos perfeccionaron lo que los expertos en trata llaman el método lover boy: rastreaban aplicaciones de citas y redes sociales con cientos de mensajes idénticos, seleccionaban a jóvenes vulnerables —muchas venían de hogares rotos o de la precariedad—, las enamoraban con una intensidad de novela rosa y las trasladaban a sus chalés de las afueras, donde el príncipe azul se transformaba en tirano. No podían salir solas ni relacionarse con nadie



ajeno a la casa. Llegaron a tener, según sus propias cuentas, 75 mujeres trabajando a la vez; más de 30, alardeaba, llevaban su nombre tatuado. Las que se rebelaban conocían a las capatazas: dos rumanas —una, expolicía— que imponían multas por llorar ante la cámara o sonarse la nariz.

DOCTORADO EN PROXENETISMO Y CREACIÓN DE RIQUEZA

Pero el salto que convierte a Tate en un fenómeno de otra categoría no es la escala del negocio, sino su decisión de enseñarlo. En su red de pago War Room —unos 8000 dólares al año—, Tate impartía a sus suscriptores lo que bautizó como su doctorado: el Pimping Hoes Degree (Grado en Proxenetismo). En pocos años, presumía, 140 discípulos ya ganaban dinero con mujeres captadas según el manual. Un rumano que se jactaba en el chat de golpear a sus trabajadoras espera hoy juicio por trata en Bucarest.

Si el War Room era el posgrado, Hustlers University (Universidad de Estafadores) fue la enseñanza obligatoria. Por 49,99 dólares al mes, Tate vendía cursos de «creación de

JUZGADO EN RUMANÍA, TENÍA PROHIBIDO SALIR DEL PAÍS... ENTONCES UN ENVIADO DE TRUMP FUE A BUCAREST, UN FUNCIONARIO RUMANO PASÓ POR MAR-A-LAGO Y TATE ACABÓ VOLANDO A FLORIDA EN UN 'JET' PRIVADO